

# **El economocentrismo como fundamento ideológico de las ciencias sociales**

**(O por qué los científicos sociales nos hemos convertido en simples mercachifles)**

**Autor:** *Rafael Á. Cuesta Ávila*

Profesor de Antropología Social

Universidad Miguel Hernández

## **Resumen**

Partiendo del análisis de las actuales fuentes de la producción científica en las ramas de la psicología, la antropología y la economía, el eje central sobre el que gira el presente artículo explora el curso de los distintos afluentes disciplinares de los que se nutren las ciencias sociales en la contemporaneidad. Ciencias estas que adoptan unas formas (cada vez más paramétricas y menos cualitativas) y unos contenidos (cada vez más explicativos y menos comprensivos) que avanzan hacia una desemboadura diseñada (de una manera más ideológica que científica) para justificar la dominancia de la economía de mercado. Frente a tales dinámicas, la economía social, entendida como un proyecto profundamente humanista y alternativo, basado en el despliegue de la lógica de la reciprocidad, encuentra serios escollos para justificar cualquier tipo de reconocimiento dentro del núcleo 'duro' del ámbito académico,

dada la absoluta negación de su estatus científico desde dicho centro. Este rechazo institucional coloca a la economía social en una situación periférica, en unas condiciones de objetiva desigualdad e indefensión frente a los planteamientos *economocéntricos* hoy vigentes en las ciencias sociales.

*Palabras clave:* Reciprocidad, economía social, ciencias sociales, neoliberalismo, etno-ciencia, antropología crítica.

### **Abstract**

Using as a starting point the current scientific production fonts in Psychology, Anthropology and Economy, the principal point for this paper is the analysis of besides streams for contemporary Social Sciences. Sciences those more and more are less qualitative and more parametric in their forms, more and more are less comprehensive and less explicative in their contents and less scientific and more ideological in their fundamentals in order to justify the dominance of Market Economy. In front of that, the Social Economy, identify with a humanistic and alternative project based in the reciprocity laws and logics, find serious difficulties to be recognized in the academic arena, as least from the orthodoxy that rejects its scientific status. This institutional rejection put Social Economy in the peripherals, in a situation of inequality and non- defense towards the current econocentrism stream placed in the core of Social Sciences.

*Key words:* Reciprocity, social economy, social science, neoliberalism, science-ethnic, critical anthropology.

Recibido: 30.04.2010

Aceptado: 10.05.2010

---

## **I. Preámbulo sobre los pretextos de un texto<sup>1</sup>**

Como suele pasar cuando empezamos a trabajar un artículo, comencé a modelar la arcilla de este material a partir de la idea que me sugirió el coordinador de esta revista, con la propuesta de introducir un estudio sobre 'la base antropológica de la economía social'. Sin duda, hubiera sido muy interesante profundizar en esta línea de reflexión sobre una temática que remite al asunto de reciprocidad, siguiendo los planteamientos teóricos introducidos por M. Mauss, R. Thurnwald, B. Malinowski,

---

<sup>1</sup> Parte de este preámbulo constituye el escrito justificativo enviado al coordinador de la revista para tratar de argumentar el objetivo del presente artículo.

K. Polanyi, M. Sahlins, ... y una larga cadena de antropólogos que han venido trabajando sobre la llamada 'economía del don', haciendo una especie de revisión histórica y estado de la cuestión sobre esta importante preocupación dentro de la disciplina desde casi sus comienzos.

Sin embargo, esta idea inicial, me pareció un poco manida, al menos desde mi punto de vista, pues la tengo bien trabajada desde hace años<sup>2</sup>, y quería aprovechar la amable invitación del coordinador de la publicación para avanzar hacia nuevos horizontes de exploración. La intención que me guiaba en esta nueva andadura era introducir el análisis de cómo se plantea en la actualidad el estudio de la reciprocidad dentro de las ciencias sociales. Y así, acabé decidiéndome por reorientar el artículo hacia la que considero muy interesante aportación francesa sobre el tema de la economía social, abordando las propuestas del Movimiento Anti-Utilitarista de las Ciencias Sociales (MAUSS)<sup>3</sup>, que aunque ya hace tiempo que sigo, no dejan de sorprenderme. Creo que esta idea aun entraba en el cuadrilátero de combate intelectual que me habían demarcado dentro del espacio de la revista.

Pero tampoco me quedé quieto en este punto, por lo que una vez llegado aquí, comencé a plantearme en ir todavía más allá. Un nuevo *leitmotiv* comenzó a germinar en mi inquieta cabeza cuando empecé a ser consciente de las últimas consecuencias de la idea anterior. Si este movimiento francés, el MAUSS, con toda su importancia, que la tiene, constituye un grupo marginal dentro del conjunto de las ciencias sociales actuales, ocupando un lugar casi clandestino, mis preguntas pasaron a adoptar los siguientes formatos:

- ¿Qué ocurre hoy en las ciencias sociales para que tenga que surgir en la periferia de la periferia de la periferia de un centro académico dominado por los discursos oficiales, un movimiento anti-utilitarista en radical oposición ideológica y metodológica a las lógicas más ortodoxas, integristas y convencionales de las disciplinas que integran el estudio de lo social?<sup>4</sup>
- ¿Cuál es el motivo que explica que las ciencias sociales con mayor prestigio académico y apoyo institucional sean precisamente aquellas que están más asentadas en el discurso *cientifista/positivista*?

<sup>2</sup> Esto es fundamentalmente lo que enseño en mis clases de antropología económica desde hace ya bastantes años, adoptando una perspectiva crítica respecto a la ciencia económica convencional.

<sup>3</sup> Acrónimo en homenaje al fundador teórico de la 'economía del don'.

<sup>4</sup> Es desde los márgenes del centro (político, económico, académico, ...) desde donde se está construyendo, desde un entusiasmo utópico destinado a construir una nueva realidad, un gran variedad de movimientos sociales críticos que trabajan sobre la alternatividad en base a un proyecto humanista, en una labor que no es nimia. Sin embargo, el centro goza de unas condiciones privilegiadas para reproducirse a sí mismo, como es el caso de las estructuras universitarias, en donde las ciencias comportamentales ocupan las mejores posiciones dentro del *status quo* del orden académico. De este modo, sus más leales practicantes son los que disfrutan de una mayor reputación y prestigio, los que obtienen mayores recursos financieros destinados a la investigación, los que disponen de mejores equipos tecnológicos en sus laboratorios, los que tienen una productividad más alta dentro de un sistema que prima el trabajo científico cada vez más destinado al mercado, ..., en definitiva, los que llevan el gobierno de la institución de educación superior.

- ¿Por qué no surgen dentro de ese centro del ámbito académico voces que clamen y reclamen una forma distinta y alternativa de pensar/hacer en lo económico desde lo social? ¿Qué es lo que explica esta ausencia?
- ¿Qué es lo que sucede para que en el ámbito de las ciencias sociales, salvo un puñado de académicos más o menos excéntricos, por su lateralidad en relación al centro institucional, exista un silencio casi sepulcral cuando se plantea el tema de la economía social?
- ¿Por qué no existe en las facultades de ciencias económicas al menos una asignatura en la que se impartan contenidos de economía social? ¿Por qué en dichas facultades la economía social no es economía?
- ¿Por qué la economía social, de bases humanísticas, está condenada a ocupar y a seguir ocupando una posición tan marginal, ya sea dentro del campo de la ciencia económica, de la psicología, o de una significativa parte de la propia antropología que se hace en la actualidad?
- ¿Qué conexiones existen entre las actuales ciencias del comportamiento y las lógicas económicas del mercado?
- En definitiva, ¿cuáles son los límites de la economía social dentro de las ciencias sociales? ¿Hasta que umbral tiene permitida su entrada y hasta qué línea de avance tiene asegurada su salida?

Con este manajo de interrogantes comencé a indagar en la hipótesis de la paulatina pérdida de lo social dentro del campo de las denominadas ciencias del comportamiento, un asunto interesante que conviene no perder de vista por la trascendencia que tiene en relación a todo lo que sigue. Si esto fuera así, cabe preguntarse cómo cabría hablarse de una ‘economía social’ si el segundo término ha desaparecido de la economía positiva, hoy convertida en la madre de todas las ciencias sociales, la gran reductora del conocimiento a todos los niveles. Una denominación, la de ‘ciencias sociales’, que, por vacía de significado, cada vez va siendo desplazada por la de ‘ciencias del comportamiento’, teñida de un aparente mayor rigor metodológico. Las mismas preguntas me llevaron a rastrear en la cuestión de la evaporación de las bases humanísticas del proyecto científico, que por razones de espacio no puedo desarrollar, pese a la importancia que tiene para enmarcar todo el debate histórico entre ciencias comprensivas/explicativas. Debido a tales limitaciones, he decidido concentrar el análisis crítico en tres campos de las ciencias sociales en su conversión hacia ciencias comportamentales: la psicología, la antropología y la economía. Al entrar en cada una de ellas, se observa la clara imposibilidad de introducir la alternatividad portada por una ‘economía social’ dentro de unas ciencias sociales hoy dominadas por el utilitarismo de sus objetivos, el *cientifismo* de sus formulaciones y la creciente mercantilización de sus conocimientos.

En consecuencia, cabe advertir al lector que el eje central sobre el que gira el presente artículo no es otro que el de tratar de demostrar, en el corto espacio que ofrece el texto, como los distintos afluentes disciplinares de los que se nutren las

ciencias sociales avanzan hacia la desembocadura de la ideología de mercado en paralelo a un creciente 'endurecimiento' tanto en sus formas como en sus contenidos, adoptando una apariencia más *cientifista* pero también más vacua, al limitarse al estudio de una parte de la totalidad humana, la económica, obviando todo lo demás. Aplicando dicho proceso a la economía social, entendida como un proyecto profundamente humanista, tales dinámicas a analizar implican, en consecuencia, la negación de su estatus científico, impidiendo con ello cualquier posibilidad de integración dentro del ámbito académico.

El resultado que sigue es pues bastante desalentador, pero para vencer en cualquier campo de batalla no hay mejor estrategia que conocer de cerca al enemigo. Esta es la propuesta que desde aquí se plantea, el arco desde el cual se tensa la flecha. Con todo, no debemos olvidar que existen ríos subterráneos dentro de las ciencias sociales en donde todavía se hibridan, afortunadamente, las aguas de lo científico y lo humanístico, pero de éstas no hablaré porque no constituyen el problema, sino la solución. De lo que se tratará, será de las corrientes dominantes que se desbordan más allá de sus cauces para empantanar el pensamiento y la acción de quienes trabajan en el ámbito del estudio de lo humano. Sólo una vez que comprendamos el actual giro efectuado en la construcción de las ciencias sociales volveremos a retomar, ya en las conclusiones, el lugar que puede ocupar la economía social dentro del mundo universitario.

## II. El 'endurecimiento' de las ciencias sociales

Lamentablemente, la historia de las ciencias sociales ha sido la crónica de una gran decepción, pero también la de una terrible adulteración, al alejarse cada vez más de los principios que animaron su puesta en marcha en Occidente. Los caminos emprendidos tanto por la ciencia económica, como por la psicología, la sociología, la politología, o por la propia antropología, han supuesto en buena medida el abandono progresivo de sus inaugurales proyectos científicos, basados en una especial manera de acercarse a la cuestión humana. Unas ciencias sociales que al abandonar sus iniciales luces humanísticas han terminado por ser reducidas a una sombría ciencia comportamental, en donde el análisis de los sujetos acaba siendo homologado con el estudio de los objetos. Una cosificación, ésta, la de las ciencias sociales que ha llevado al progresivo 'endurecimiento' epistemológico, teórico y metodológico de aquellas disciplinas calificadas de '*blandas*' por su peculiar acercamiento cualitativo a las realidades sociales humanas. De tal modo que desde aquellos ilustrados y ambiciosos planteamientos de partida, que introducían el reto de conocer en profundidad al ser humano en todas sus facetas y dimensiones, hasta las triviales aportaciones ofrecidas en la contemporaneidad desde cada una de las citadas disciplinas, media una enorme desviación en relación al rumbo inicialmente propuesto.

Y es que al abandonarse la amplitud de miras propia de unas ciencias humanas, la creciente objetivización de las ciencias sociales limitó su visión al estrecho enfoque

de una ciencia del comportamiento que reducía el estudio del Hombre a sus manifestaciones conductuales. Más allá de estas fronteras tangibles se hallaba el mundo de la subjetividad, de lo cualitativo, aquellas regiones metafísicas en donde erraba el alma humana, misteriosos e insondables abismos en donde la ciencia positiva ni podía, ni debía entrar. Con dicha objetivación del mundo, introducida dentro de las ciencias sociales, a imitación de las lógicas de las ciencias ‘duras’ o naturales, se dejaba de estudiar precisamente el trasfondo que nos hace ‘específicamente’ humanos.

Esta degradación de las ciencias sociales a su miserable estado actual ha sido una consecuencia directa del hecho de reducir el carácter bicéfalo que conformaba el proyecto científico inicial, extirpando el componente humanístico que lo integraba, para verse disminuida a un mero programa *cientifista*. Al igual que la cáscara del fruto, una vez sustraído de su intrínseca humanidad, el comportamiento extrínseco, quedaba convertido en el campo de estudio de lo objetivo, lo cuantitativo, lo mensurable, lo visible, lo observable, lo tabulable, lo tasable, lo calibrable,... un comportamiento manifestado en forma de conductas empíricamente detectables en unos individuos corpóreos, de carne y hueso, atomizados, susceptibles de recuento numérico, tanto en sus hechos como en sus dichos, y ‘naturalmente’ inclinados hacia un tipo de racionalidad instrumental estrechamente ligada a la lógica del mercado.

Desaparece así, dada su irrelevancia práctica, aquella pretensión inicial de conocer a fondo al ser humano, a través de la comprensión, y aparece la urgencia para transformarlo en función de unos propósitos supuestamente científicos, que explican el funcionamiento de un objeto humano desalmado. Lo que se le pide a una ciencia amputada de humanidades es que sea capaz de explicar todo sin comprender absolutamente nada, una ciencia ciega además para entender las perversas consecuencias de sus actuaciones a medio o largo plazo.

De tal modo, que todas aquellas promesas científicas de partida en donde descansaban buena parte de las expectativas de la humanidad acabaron siendo arrojadas a la papelera de reciclaje de la historia de la ciencia al quedar marcadas como ‘pura metafísica’, según el correspondiente sello de etiquetado oficial. Con ello, el titánico proyecto científico de alcanzar los horizontes más lejanos y profundos de la condición humana acabaría descendiendo de los cielos, para posarse en la tierra firme de los hechos verificables, mensurables y cuantificables, en una nueva proclama de una ‘ciencia social dura’ que desde entonces reclama para sí el territorio de lo ‘útil’. Y qué más útil que lo rentable.

## II.1. ¿Qué hemos hecho de la Psicología?

“*¿Qué hemos hecho de la Psicología?*”, se preguntaba en un reciente artículo divulgativo el escritor Gustavo Martín Garzo<sup>5</sup>, tratando de abordar el actual estado de la

---

<sup>5</sup> Martín Garzo, G. ‘Nuestra pequeña mano’, en El País, 16 de septiembre de 2007. El autor es licenciado en Filosofía y Letras en la especialidad de Psicología.

cuestión en esta disciplina. Qué ha ocurrido con aquellas ciencias de la mente que se plantearon el reto de penetrar denodadamente hasta lo más recóndito e insondable de la psiquis pretendiendo alcanzar el secreto de la conciencia humana. El extracto que a continuación se reproduce vendría a ser un breviario de las propias conclusiones del citado autor: *“Aquella delicada ciencia que exploraba el alma humana y se preguntaba por el significado de nuestros sueños hoy día apenas es otra cosa que un conjunto de obviedades y recetas apresuradas. Atrás parecen haber quedado la insondable obra de Freud, (...) C.G. Jung, (...), Melanie Klein (...), o las reflexiones de Lacan. La psicología ya no trata de responder a la pregunta eterna de quién somos, sino de encontrar fórmulas que nos permitan lograr mejor nuestros objetivos de acomodación a lo que hay”*. Todo este proyecto cuyo objetivo último era comprender las estructuras más profundas de la psiquis humana parece haber acabado en el más absoluto de los fracasos.

Desde una opinión compartida a su vez por toda una tradición disciplinar humanista, se viene a denunciar cómo el positivismo o *cientifismo* psicológico se ha impuesto sobre cualquier otra modalidad de psicología, hasta el punto de negarles categoría científica a fin de rebajarlas al grado de pura metafísica, dada la criticada incapacidad manifiesta que ofrecen sus formulaciones teóricas para verificar empíricamente sus tesis de partida. Porque, ¿en qué parte de la mente se aloja el subconsciente, o en qué apéndice cerebral se ubica la conciencia?, se preguntan socarronamente los psicólogos positivistas y sus colegas neurocientíficos. Lo que es, es, vendrían a decir, sólo cuando se demuestra empíricamente que está. Con ello se comenzaba a desterrar de la ciencia cualquier intento de explicación freudiana basada en la comprensión del subconsciente del sujeto como base del comportamiento, al estar fundada en la idea de un innatismo deductivista que carecía de verificación empírica. De este modo, el psicoanálisis demostraba su total incapacidad para demostrar dónde se hallaban aquellos incorpóreos componentes que predicaba, el ‘ego’, el ‘superego’ y el ‘ello’, un imaginario metafórico que sólo eran capaces de ver sus correligionarios, reduciéndose de este modo todo un complejo humanístico-científico al nivel de un ‘simple’ creencia mística.

Con las nuevas imágenes obtenidas del interior del cerebro por escáner a través de resonancia magnética en los años 70 del pasado siglo, y los inicios de la tomografía en los 80, como visión en directo de las diferentes funciones cerebrales, comienza el desciframiento científico de la química cerebral que desplazaba y reemplazaba toda aquella idea metafísica del alma, o a su versión secularizada de la conciencia. A partir de este momento, toda aquella infructuosa búsqueda del principio que animaba a la conciencia humana, y que se acababa manifestando en el comportamiento observable, se hallaba ahora en manos de una ciencia ‘desalmada’ que comienza a interrogarse por la adecuada utilización del alma. Ya en los años 90, los norteamericanos Francis Crick y Christof Koch formularon la Teoría neurobiológica de la conciencia, que trataba de explicar, a través de estudios experimentales, aplicados primero sobre animales, para pasar luego a humanos, los procesos mentales de los indi-

viduos de acuerdo a los flujos de información de los procesos neuronales, tratando de descubrir con todo ello la estructura neuronal de nuestros pensamientos. Se detecta así como las sinapsis producidas por los neurotransmisores cruzaban químicamente la información de una neurona a otra, un locus ahora observable a través del microscopio en donde se localizaban las claves del comportamiento humano. Desde entonces los avances en este campo científico de la neuropsicología han sido muchos y los fondos de investigación destinados a esta tarea bastante generosos, siendo una de sus aplicaciones más interesantes, desde el punto de vista que aquí se analiza, aquella destinada a servir a los intereses del mercado.

En un interesante un artículo de prensa<sup>6</sup>, bajo el inquietante título “*Los neurocientíficos buscan la tecla cerebral de ‘comprar’*”, se recoge información sobre el contenido de un número de la prestigiosa revista científica *Neuron*, en donde aparece reflejada una investigación pionera en la que se analizaba la manera en la que los mensajes publicitarios penetran en el cerebro y modelan las preferencias individuales del consumidor. “*El debate*” – comenta la articulista – “*gira en torno a si los vendedores pueden explotar los descubrimientos de la ciencia sobre el cerebro para hacer anuncios más eficaces (...). Los científicos han descubierto que el hecho de que un consumidor sepa qué marca compra puede influir en sus preferencias, al apropiarse de circuitos cerebrales relacionados con la memoria, las decisiones y la imagen de sí mismo (...)*”. Ha de añadirse que estos rigurosos experimentos se basan en la comparación estadística de los datos reflejados por los escáneres cerebrales tomados sobre una población muestral que actúa como grupo de control. “*La neuromercadotecnia*” – sigue el artículo – “*se basa en un dispositivo que toma imágenes del cerebro mediante resonancia magnética funcional (FMRI, en sus siglas inglesas), una máquina que analiza el flujo sanguíneo mientras la persona realiza tareas mentales. Cuando los sujetos reconocen un rostro, oyen una canción, toman una decisión, perciben una recompensa, o se decepcionan, se les iluminan regiones cerebrales concretas, indicador de un aumento del flujo sanguíneo (...)*”.

De este modo, la neurociencia aplicada al mercado, se autoerige como la más científica de todas las posibles aproximaciones al comportamiento humano a través de la mente. En el campo de su aplicación al consumo, se llega a afirmar que: “*Las técnicas convencionales para conocer las preferencias del consumidor son inadecuadas (...)* porque tales escalas no captan la respuesta emocional del consumidor (sólo la racional, habría de añadirse)”. Y a continuación se exponen algunos ejemplos de sus enormes potencialidades: “*En Alemania, la empresa DaimlerChrysler tomó imágenes cerebrales funcionales de varones que observaban coches, descubriendo que los deportivos activaban sus centros de recompensa. (...) En la Universidad de Harvard, unos investigadores descubrieron que, en los jóvenes varones heterosexuales, los rostros de mujeres hermosas activan un área cerebral de recompensa. Los de chicas normales y hombres atractivos no. (...)*”.

---

<sup>6</sup> El País, 2 de diciembre 2004, noticia recogida del diario norteamericano *The New York Times*, en su sección de Dinero & Negocios, y redactado por Sandra Blakeslee.

Otro estudio demostró que algunas personas no eligen una bebida basándose en el sabor, sino también por lo que evoca en la corteza prefrontal media, la fuerte identidad de marca de Coca Cola". Llegados a este punto, uno mismo, cuando lee estos profundos avances científicos se pregunta si hacían falta tantas alforjas para emprender este largo viaje que nos lleva a redescubrir aquello que en otro tiempo se llamaba sentido común.

A continuación, la articulista se introduce en los problemas éticos derivados de la aplicación de la neurociencia a las técnicas de mercado, a partir de la denuncia de ciertos grupos de consumidores concienciados del alcance de los peligros que se desprenden de su uso y abuso, tachando a la 'neuromercadotecnia' como una práctica orweliana en toda regla. Recogiendo estas voces críticas, la autora del citado artículo expone algunas de las preocupaciones manifestadas por estas personas que recelan ante esta línea de avance de la neurociencia: "*¿Qué ocurriría si los expertos en mercadotecnia y los consultores políticos pudieran literalmente mirar dentro de nuestros cerebros?. ¿Qué ocurriría si pudieran activar dicha actividad neuronal por diversos medios, para modificar nuestro comportamiento?*".(...). A título de conclusión, se recogía de boca de los afectados el siguiente balance: "*En el mejor de los casos, la neuromercadotecnia haría más eficaz la publicidad. En el peor, haría más efectiva la propaganda política, con el potencial de desembocar en regímenes totalitarios*". Esto significa, que podría aceptarse lo primero como una ventaja, pero no lo segundo porque afectaría a la propia democracia. Desolador panorama cuando confundimos la democracia con la 'mercadocracia', que no sería sino la dictadura del mercado.

Pero si en el campo del estudio del pensamiento, hemos hablado de la neurología como autoproclamada primera 'vedette' en el campo biomédico de las ciencias de la mente, no deberíamos olvidarnos de los derroteros por los que transita la psicología actual triunfante a partir de los años 80, digna heredera de los planteamientos disciplinares aportados a principios del siglo XX por la psicología soviética a través de los logros de Ivan P. Pavlov y Bejterev, y de las posteriores contribuciones norteamericanas ofrecidas por John B. Watson y B.F. Skinner. Esta psicología conductista con aspiraciones científicas estaría en la base del behaviorismo utilitarista de orientación pragmática, fundada en la explicación del comportamiento individual, empíricamente verificable a través de la observación directa y de la experimentación contrastada. A diferencia de la psicología humanista de fundamentos deductivos, para la psicología positivista de base empírica los comportamientos son directamente computables por el ojo analítico del psicólogo a través de la verificación estadístico-matemática de las respuestas de los individuos estudiados. Esta nueva visión del Hombre sería la que pasaría a dominar el campo de la psicología básica y aplicada en las postrimerías del siglo XX, eliminando cualquier otra modalidad de conocer la mente humana desde una perspectiva humanista.

Siguiendo aquella dirección básica, ya hace tiempo que la psicología científica aplicada destinada al mercado está dedicada, entre diversos menesteres más o menos

triviales, a la confección de prácticos *test* paramétricos en forma de cuestionarios destinados a la realización de entrevistas de trabajo, o a la elaboración de estudios de encuestas de todo tipo en donde se analiza el comportamiento preferente del consumidor, junto a otras aproximaciones de similares formatos. Tampoco son extraños los congresos nacionales de psicología con floridos títulos y discutibles contenidos que tratan de escudriñar la imagen de un modelo humano declarado incuestionablemente como tipo-universal, en un debate centrado en el análisis de unas acciones que transcurren dentro del espacio del mercado como horizonte absoluto de actuación. Un tema congresual como ‘*El reto del ser humano: un camino hacia la autorrealización con éxito*’, basado en el modelo de la teoría de las necesidades de la pirámide de Maslow, es un lema de las preocupaciones que hoy reúnen a psicólogos *cientifistas* y un exponente de los caminos por donde hoy marcha la psicología contemporánea triunfante.

La obsesión por la ‘*testmanía*’ y la ‘*cuantofrenia*’ a la que ya hacía tiempo aludía Pitirim Sorokin<sup>7</sup> para la sociología, en particular, y para las ciencias sociales, en general, es la base sobre la que descansan los métodos excesivamente cuantitativos de la neurología y del conductismo, en su afán de confeccionarse ese aparente traje científico-formal que avale sin cuestionamiento alguno los contenidos experimentales que arrojan sus conclusiones, que por lo demás, resultan bastante banales. No pocas mentes inquietas, desalentadas hasta la saciedad por una banalidad envuelta en ropajes de encajes positivistas, comienzan a echar de menos la complejidad tejida por el innatismo humanista de Sigmund Freud y otros colegas afines, hacedores de una obra que estaba dirigida hacia el sentido último de la tragedia o de la comedia de la existencia humana en toda su amplitud trascendente, en donde el problema humano primaba sobre el biológico, que pasaría a ser tomado como exponente científico de lo supuestamente natural, convertido en el natural campo de batalla de las ‘*ciencias duras*’.

## II.2. ¿Qué hemos hecho con la antropología?

¿*Qué hemos hecho de la antropología?*’, nos preguntamos desde un tiempo para acá, a veces casi con enfermiza insistencia, quienes trabajamos dentro de este campo disciplinar, un área de conocimiento que por tradición académica se hallaba emparentada en igual grado de afinidad con las ciencias sociales y con las humanidades<sup>8</sup>. Una

---

<sup>7</sup> La biografía de Sorokin resulta muy interesante a este respecto. Este investigador social ruso, discípulo de Paulov, marchó exiliado a los EEUU tras la revolución soviética. Nombrado en poco tiempo catedrático de sociología en Harvard se convirtió en el primer director del recién inaugurado departamento de sociología de esta universidad. Sus desavenencias personales y teóricas con Talcott Parson, que le acabaría arrebatando la dirección del departamento, le llevaría a un nuevo exilio, esta vez académico Demasiado filosófico para los científicos, por sus contenidos teóricos basados en la primacía de lo espiritual, y demasiado científico para los filósofos, por su instrumental estadístico con el que revestía sus planteamientos de una apariencia científica moderna, Sorokin acabaría cayendo en sus propias contradicciones al afirmar aquello que tanto criticaba.

<sup>8</sup> Así, al menos, lo planteaba Eric Wolf cuando afirmaba que la antropología era la más científica de las humanidades y la más humanística de las ciencias.

disciplina, por tanto híbrida en sus planteamientos epistemológicos, metodológicos y analíticos, igual que lo fue la psicología más clásica, u otras ciencias sociales al uso, y que podría definirse, en cualquiera de los casos, y de manera bien llana, como el estudio empírico, esto es, sobre el terreno<sup>9</sup>, de la diversidad de la experiencia humana en el tiempo y en el espacio.

Partiendo de esta sencilla formulación, los antropólogos pretendemos buscar la diversa complejidad que entraña el hecho de ser humano. Y es que a lo largo de todas las épocas y lugares, lo que resulta realmente paradójico es señalar la tremenda diversidad que cabe dentro de la Humanidad. Una Humanidad que siempre se ha planteado de manera recurrente los mismos interrogantes antropológicos, a modo de universales humanos<sup>10</sup>. Sin embargo, tales preguntas siempre se han contestado de múltiples y diferentes maneras en cada una de las sociedades estudiadas a lo largo y ancho del eje crono-temporal. Y es que las resoluciones específicas dadas a cada uno de tales cuestiones problematizadas<sup>11</sup>, son siempre particulares, respondiendo a las lógicas de los particularismos humanos.

Este factor de varianza, que podría entenderse como de elemento especificidad o excepcionalidad de un grupo humano, es lo que la antropología clásica dio en denominar con el nombre de cultura. Cada cultura generaría pues, unas lógicas y prácticas diferenciales, cuyos dispositivos no están quietos o detenidos en el tiempo, sino en constante cambio, ya que en cada momento cada una de ellas siempre será el resultado diacrónico y adaptativo de la relación entre unas preguntas humanas invariables y unas respuestas sociales variables, además de internamente heterogéneas, siendo la distinta composición del grupo una de las razones de su variabilidad. Toda esta mudanza, inherente a cualquier dinámica cultural, descarta cualquier pretensión teórica o ideológica de otorgarle un carácter esencialista<sup>12</sup>, salvo interpretaciones interesadas que pretendan hacer pasar por natural lo que no es sino una construcción artificial humana que nos separa de la naturaleza, reintegrándonos huma-

<sup>9</sup> El 'terreno' a estudiar comprende tanto a las comunidades humanas observadas como los productos elaboradas por las mismas en una época y en un lugar concretos, analizables a través de documentos históricos, obras artísticas, restos tecnológicos,... La antropología estudia la realidad social 'in situ', no 'in vitro', como lo hace por ejemplo la psicología experimental.

<sup>10</sup> Universales del tipo: cómo protegerse de la intemperie, cómo hacer una casa, cómo organizarse socialmente, cómo relacionarse con la divinidad, cómo educar a los hijos, con quién emparentarse, cómo tratar con los extranjeros, cómo aliarse con otros grupos, como garantizar el sustento,... preguntas que siempre han acompañado al ser humano desde qué es humano, a través el proceso de humanización del mundo.

<sup>11</sup> La cuestión de la vivienda, de la estratificación, de la religión, de la educación, del parentesco, de la diplomacia, de la política, de la economía,... y todos los que se quieran añadir.

<sup>12</sup> De este modo, la cultura, dentro de un grupo social, vendría a ser, tal y como aquí se presenta, esto es, en el sentido más clásico del concepto, el conjunto de los valores compartidos en una agrupación humana, entendiéndose que todos los grupos son internamente heterogéneos, y que ese conjunto de valores nunca es estático sino dinámico. En este sentido, y siguiendo la estela de Lévi Strauss, abierta a su vez por Franz Boas: "*Llamamos cultura a todo conjunto etnográfico que, desde el punto de vista de la investigación, presenta, respecto a otras, diferencias significativas(...). El término cultura es empleado para agrupar un conjunto de diferencias significativas cuyos límites coinciden aproximadamente*".

namente en ella. De este modo, la única cultura fijada es la cultura muerta, pues mientras que está viva lo que permanece es el cambio. Y a esta ardua tarea de perseguir el rastro de las diversas culturas es a la que se dedicaron en cuerpo y alma los antropólogos clásicos, a través del trabajo de campo etnográfico, a fin de dejar constancia de esa tremenda variedad cultural a modo de legado humano<sup>13</sup>.

Sin embargo, la cuestión de la diversidad empezó a convertirse en un verdadero problema para la antropología social, al ser planteada desde la perspectiva clásica. Desde ciertas voces críticas dentro de la disciplina se alertaba, advertía y denunciaba cómo ese amplio abanico de calidoscópica diversidad se iba cerrando a una velocidad cada vez más acelerada, frente a unas supuestas dinámicas de modernización de orientación desarrollista que avanzaban en sentido contrario, imponiendo la uniformización del planeta a través de la imposición de una ideología con pretensiones universalistas. La triunfante economía capitalista que germinada históricamente en Occidente introducía, a medida que se extendía, ciertos procesos de convergencia que a su paso parecían reducir las diferencias significativas entre los distintos pueblos, disminuyéndolas a una mera cuestión de matices. Se imponía con ello un horizonte humano cada vez más homologable en donde las mismas preguntas universales parecían tener las mismas respuestas, también universales, dentro de la misma lógica ideológica de la economía de mercado.

Así, para el viejo Claude Lévi-Strauss, recientemente fallecido, el mundo actual perdía en variedad de culturas del mismo modo que perdía en variedad de plantas o de fauna, introduciéndose con ello un peligroso empobrecimiento de la biodiversidad del planeta en todos los sentidos, un mundo que habría ido perdiendo sus vivos colores para ganar en grises de distintas tonalidades. ¿Dónde quedaba pues aquel objeto de estudio cultural que se planteó la antropología clásica, basada en una definición de la cultura que parecía difuminarse como un espejismo ante la vista de los propios etnógrafos?<sup>14</sup> Y no era el único antropólogo que se hacía esta pregunta.

En realidad, tal y como se planteaba se trataba de una discusión totalmente desacertada, un espejismo, porque la cuestión de la diversidad, lejos de hallarse en crisis, cobraba ahora más pujanza que nunca. Lo que se eclipsaba, en cualquier caso, era un tipo de diversidad, basada en puntos aislados e inconexos, la que hasta entonces

---

<sup>13</sup> Aplicada a la cuestión económica, la etnoeconomía, o antropología económica, sería aquella subdisciplina que estudia la diversidad de la economía humana a lo ancho de los territorios y a lo largo de la historia. Al igual que se expuso antes, todos los grupos humanos se hacen las mismas preguntas universales respecto a la economía: *¿por qué producir/consumir/distribuir/intercambiar?, ¿cómo?, ¿quiénes?, ¿dónde?, ¿cuándo?, ¿cuánto?,...* pero tal como se expresó cada uno de ellos las responde de forma singular, nunca caprichosa, sino en función de las lógicas sociales imperantes en el contexto dado.

<sup>14</sup> Así, por ejemplo, durante siglos, los habitantes de Papúa Nueva Guinea han vivido en aldeas aisladas de tal modo que dentro de su espectro étnico convivían múltiples idiomas diferentes. La normalización lingüística aplicada en las escuelas primarias han reducido considerablemente toda esta variedad dialectal. También el ecosistema, que fuera otra caja de sorpresas llena de especies de fauna y flora autóctonas, desconocidas hasta su incorporación en el mapa colonial, ha quedado seriamente disminuido en este proceso.

habían venido estudiando los antropólogos primitivistas buscando comunidades ‘incontaminadas’, pero no la diversidad como tal, mucho más compleja y ribozomática que nunca, dentro ahora del nuevo escenario mundial. La ‘nueva’ diversidad a estudiar era ahora el producto del cruce entre distintas diversidades, un fenómeno tan antiguo como el ser humano. Así, frente a aquella ‘antropología de puntos’, en donde el investigador se recluía en una comunidad aislada y precintada con el fin de analizarla de puertas para dentro, entendiéndola como una realidad ajena al mundo, emerge ahora una ‘antropología de redes’, basada en el análisis de las múltiples y diversas interconexiones detectadas entre lo local y lo global<sup>15</sup>.

Ante lo que podría entenderse desde ciertas instancias como una situación de ‘callejón sin salida’, aparecieron voces que reclamaban la profesionalización de la antropología académica, para sacarla más allá de su obstinado encierro dentro de un mundo nativo a punto de extinguirse, y con aquel, presuntamente la disciplina que los estudiaba. El problema no era pues la desaparición de lo diverso, ahora influido por unas dinámicas aun más complejas y aceleradas, debido a las revoluciones de los medios de comunicación y locomoción, sino la utilización de la diversidad como medio instrumental para servir a los intereses convergentes de la economía de mercado. Se asiste así, al paso de la diversidad cultural, como riqueza humana, al nuevo uso de la diversidad de la demanda<sup>16</sup>, entendida como negocio económico.

Sin embargo, a estas alturas, tenemos que preguntarnos qué ha pasado para que la actual acomodación de la antropología a las lógicas de la compra-venta haya llevado a los nuevos etnógrafos a la banal tarea de incorporarse a una investigación destinada a identificar, entre otros destinos al uso, la demanda variable de teléfonos móviles en un contexto globalmente diversificado. Esa diversidad que tanto trabajó desde sus inicios la antropología quedaba ahora asociada a la demanda efectiva como nuevo problema a resolver por el profesional contratado en el mercado de trabajo a través del ejercicio de la práctica etnográfica.

Con mayor frecuencia se observa cómo salen en prensa artículos que reclaman la presencia del antropólogo en el marco de la economía de mercado, concretamente dentro del sector del diseño tecnológico en países como Estados Unidos, Japón o Suecia. Con el titular, ‘*Los antropólogos estudian los hábitos del consumidor para hacer más fácil la tecnología*’<sup>17</sup>, el periodista Joan Carles Ambrojo, expone que “cada vez más la industria tecnológica echa mano de los antropólogos para conocer la conducta de los

<sup>15</sup> Este sería al menos el planteamiento desplegado desde la economía política neomarxista dentro de la antropología norteamericana, analizando críticamente los procesos de dominación de esta nueva reordenación entre culturas e ideologías a todas las escalas: mundial, nacional, regional y local.

<sup>16</sup> Debe explicarse que la ‘diversidad de puntos’, ‘la diversidad de cruces’ y la ‘diversidad de mercado’, como distintas lógicas de pensar y actuar sobre la diversidad, no son excluyentes; ni siquiera siguen una pauta evolutiva, pasándose de un paradigma a otro; sino que todas coexisten dentro de la disciplina, si bien cada una con distinto peso relativo, que ha sido cambiante a lo largo de la historia antropológica. Igualmente se hace preciso señalar que si bien toda la antropología de mercado es aplicada, no toda la antropología aplicada es de mercado.

<sup>17</sup> El País, 9 enero 2003.

*consumidores ante los productos electrónicos*". De este modo, "los participantes en los estudios etnográficos son grabados (con su consentimiento), entrevistados y seguidos durante su vida diaria, en casa, en el trabajo o lugar de vacaciones (...), tratando de conocer cuáles son las funciones y prestaciones que el público espera de los equipos digitales (...), Ken Erickson, director del centro Ethnographic Research, considera que la antropología y su principal método, la etnografía, representa un puente entre dos isletas: la de la corporación y la del consumidor. Por ello ve necesario señalar que un producto tiene un sentido y un lugar en ciertos contextos culturales y no en otros".

La aplicación de los estudios etnográficos, a través de las técnicas de investigación de la observación directa/participante y las entrevistas abiertas/grupos discusión, entre otras, permiten realizar un seguimiento de los consumidores registrando el uso que se hace de tales aparatos en situaciones reales, identificando las necesidades de la gente a fin de que los fabricantes desarrollen nuevos productos adaptados al empleo en diversas circunstancias, puesto que cada producto tiene un sentido y un lugar en ciertos contextos culturales y no en otros. Estos antropólogos forman parte de equipos interdisciplinarios, junto a ingenieros, diseñadores, psicólogos y sociólogos, todos trabajando para un mismo fin, que no es otro que entender al consumidor y crear el aparato perfecto. Para ello se parte de la premisa de que no hay un único producto para todo el mundo, y que el proceso de globalización no implica que las necesidades de los usuarios sean iguales para todos. Así, Xerox ha inculcado la idea de que la ciencia se hace también con expertos en Humanidades, ya que éstas tienden a entender al consumidor en otro orden de prioridades bastante distinto a los habitualmente aceptados, abriendo nuevas variables a la complejidad de las elecciones de los usuarios tecnológicos.

Con el subtítulo '*Las empresas de tecnología buscan en la antropología las claves para vender más*', el citado periodista demuestra su perfecto desconocimiento de la disciplina ofreciendo un supuesto imaginario romántico, que desde su sesgado punto de vista hoy resultaría anacrónico y caduco en nuestras actuales sociedades: "(ya los antropólogos) *no gastan látigo como Indiana Jones, ni rastrean tumbas egipcias*" (esto lo harían en cualquier caso los antropólogos retratados por Steven Spielberg). Para nuestro autor, desde un total desconocimiento de la historia de la disciplina, los practicantes de la antropología asumen nuevas tareas y objetivos, de modo que "*una legión de antropólogos del siglo XXI escudriña cómo se relacionan los consumidores con los productos tecnológicos. Su misión: entresacar información valiosa para que los fabricantes desarrollen nuevos productos (...). Observando a las personas en situaciones reales, identificando las necesidades de la gente (...). Toda compañía que se precie (...). emplea de forma sistemática equipos de antropólogos, que se sirven de técnicas etnográficas (...). a fin de entender al consumidor y crear el aparato perfecto (...). Hace algunos años, el desarrollo de productos en la industria de la tecnología fue conducido en gran parte por los ingenieros (...). Ahora es diferente. Se trata de conocer anticipadamente y con detalle las necesidades del público (...). No hay un único producto para todo el mundo. Y es que la globalización puede acarrear problemas comerciales*".

En otro artículo periodístico<sup>18</sup>, Francis Pisani intenta responder a la cuestión de para qué pueden servir los estudiosos de las culturas y prácticas humanas en una empresa de microprocesadores. Por su parte, y siguiendo esta línea argumental, el sociólogo Manuel Castell, en su artículo titulado *‘¿Ingenieros o antropólogos?’*<sup>19</sup>, continúa el mismo argumento exponiendo como “(...) *La identificación de esa demanda variable, en un contexto diversificado globalmente, crea un enorme mercado para el trabajo y la investigación del conocimiento social aplicado. Son los antropólogos y no los ingenieros, los que pueden observar e interpretar las pautas culturales emergentes que, además de crear mercados, tienen sentido para la gente, de forma que el sistema de producción se adapte no sólo a la demanda, sino al deseo individual o colectivo. En diversos círculos prospectivos de Estados Unidos se reclaman en estos momentos más estudiantes e ingenieros de ciencias sociales y menos ingenieros (...)*”.

Obviamente, todos estos reportajes nos están hablando en concreto de una realidad norteamericana, en donde la antropología aplicada ha abordado con notable éxito nuevos nichos profesionales a través, por ejemplo, de la creación de agencias de consultoría cultural<sup>20</sup> que transfieren sus conocimientos expertos a la empresa, a modo de servicio especializado, obteniendo a cambio excelentes resultados económicos. De este modo, en los Estados Unidos, no pocos antropólogos centran sus investigaciones en aspectos tales como el marketing y la conducta del consumo, el diseño de productos, la cultura organizacional, las relaciones corporativas externas, la formación intercultural, la internacionalización de la empresa. En este sentido, el demostrado pragmatismo norteamericano ha hecho que la empresa haya sido un campo de trabajo aplicado para muchas disciplinas, incluyendo la antropología, para lo cual el investigador social tiene que entender de ingeniería y economía, de coste y beneficio, de contabilidad,... de tal manera que el antropólogo, en tales circunstancias, debe conocer hoy tanto de estas materias como antes debía saber obligadamente de parentesco. Guiados por esta orientación, los planes de estudio en Estados Unidos son bastante abiertos, de tal modo que los estudiantes de antropología toman la mitad de sus asignaturas en programas distintos a su disciplina de referencia para aprender nociones de economía, evaluación de proyectos, comportamiento del consumidor,... una teoría aplicada luego en prácticas empresariales de tal modo que en el tercer ciclo acuden doctorandos que ya tienen experiencia profesional y vida laboral, lo cual es considerado como básico para enfrentarse al mundo de la empresa. Aunque todavía este tipo de antropología tiene poco que ver con nuestra propia realidad disciplinar, se hace necesario advertir que el rumbo marcado por la aguja de la Declaración de Bolonia nos conduce inevitablemente a este nuevo escenario universitario.

<sup>18</sup> Ciberp@is, del 14 de abril de 2005

<sup>19</sup> Vanguardia del 19 de marzo de 2005

<sup>20</sup> Este campo de la asesoría cultural a la empresa es realizado indistintamente por sociólogos, psicólogos y antropólogos, o por equipos pluri/inter-disciplinares.

Dentro de nuestro actual contexto disciplinar, este debate entre la práctica profesional y la crítica académica, aun suscita no pocas reflexiones, no tanto por el servilismo del antropólogo hacia quien financia la investigación, sino por la falta de independencia de aquel para llevar su análisis más allá del encargo demandado por el mercado, dejando sin estudiar los verdaderos problemas de fondo, puesto que el mercado nunca se verá a sí mismo como el verdadero problema. Sin la posibilidad de ejercer un pensamiento crítico, que carece de demanda y que a duras penas encuentra financiación que no sea la pública, deja de ponerse en tela de juicio la imagen del Hombre actual, impidiendo cualquier cuestionamiento de las lógicas del mercado, y se acepta acríticamente aquella que resulta de la acumulación de demandas, la visión instrumental, que analiza al ser humano como un medio para y no como fin en sí mismo. De este modo, el estudio antropológico del mercado, para favorecer su mejor funcionamiento, se convierte en la ultimidad del trabajo de campo, más allá del cual la etnografía y la reflexión etnológica carecen de sentido.

En relación a todo lo expuesto, aun resuenan en mi cabeza el eco de aquellas palabras pronunciadas por el prestigioso antropólogo norteamericano Davydd Greenwood<sup>21</sup> en una conferencia celebrada hace unos años<sup>22</sup>, en relación al papel cada vez más marginal que juega hoy toda una forma de entender las ciencias sociales y las humanidades dentro de las nuevas estructuras académicas o universitarias. Para Greenwood, buen conocedor del sistema universitario estadounidense, el modelo norteamericano basado en estructuras sociales y esquemas culturales e ideológicos propios, se estaría extendiendo a Europa, surgiendo de ello y en algunos casos, universidades que son instituciones públicas con vocación de empresas privadas, en donde se trata de reproducir las mismas estrategias de la universidad americana<sup>23</sup>. Evidentemente, este proceso de *americanización* podría implicar un desplazamiento de la nueva universidad europea de las disciplinas humanísticas y de las ciencias sociales de orientación comprensiva, dado que desde la óptica de la lógica de mercado, ciertos conocimientos '*blandos*', que además son críticos, ocupan una posición totalmente subalterna dentro del campo científico dominante.

---

<sup>21</sup> Profesor de antropología en la Universidad de Cornell (Nueva York) y Director de Estudios Europeos en dicha Universidad. Además de académico universitario, Greenwood es asesor y consultor de instituciones públicas y de empresas privadas. Su forma de entender la antropología lo ubica entre la tradición del pragmatismo norteamericano, buscando la aplicabilidad del conocimiento a fin de avanzar hacia escenarios sociales democráticos, y la tradición interpretativa de la antropología de corte más europea, surgida en la sociología comprensiva alemana de Max Weber, e introducida en los Estados Unidos a principios del siglo XX a través del particularismo histórico de Franz Boas, base del relativismo cultural.

<sup>22</sup> '*Las ciencias sociales convencionales en declive. Una visión etnográfica de la universidad global-neoliberal*', por D. Greenwood, profesor de la Universidad de Cornell'. Conferencia presentada el 28 de octubre de 2002 de las Jornadas de Antropología Social e Historia, bajo el título de 'El pasado como futuro' en la Casa de Velásquez en Madrid. Madrid.

<sup>23</sup> Según describía Davydd Greenwood, el sistema norteamericano se rige por una estrategia de empresariaización de la universidad, basado en la búsqueda de fuentes de financiación privada, en donde además el académico se convierte en un gestor, además de docente e investigador.

Con esa sana ironía que le caracteriza, Greenwood venía a insinuar, como buena parte de estos investigadores, entre ellos algunos de sus colegas académicos norteamericanos, hoy podían reaccionar seriamente ofendidos si sus investigaciones eran etiquetadas bajo el desdeñable calificativo de hermenéutas sociales, pues lo que aspiran en sus trabajos académicos es a ser reconocidos como científicos del comportamiento humano. De este modo, y desde cierta indignación vendrían a manifestar que *'inada de interpretaciones, lo que hacemos es ciencia!'*, y sobre todo *'inada de social, lo que existen son los individuos!'*. De este modo, interpretar sobre algo inexistente carece de todo fundamente científico. Desde tales perspectivas epistemológicas, ni lo social ni lo cultural tendrían existencia en la realidad empírica, pues ni se ven, ni se tocan, si se huelen. En este sentido, estas dimensiones no serían más que una entelequia, una pura metafísica, pues en última instancia sólo existen los individuos, que son las auténticas unidades reales y empíricas para el investigador del comportamiento. Nos encontramos pues, con un fenómeno bastante parecido al sucedido con el eclipse de la psicología humanista, en donde todo lo que no sea materialmente verificable a través de los sentidos, todo lo que no esté sometido a la experimentación de laboratorio, todo lo que no esté subordinado al principio de la mensurabilidad, o todo lo que carezca de una materialización física, queda directamente desterrado del territorio científico oficial.

En este sentido, nuestro ponente venía a explicar cómo los psicólogos se han ido repliegando cada vez más hacia el laboratorio; cómo los economistas se han ido enfrascando en la econometría y en los programas informáticos; o como los sociólogos se han ido sumergiendo en la cuantificación estadística de las encuestas. El individualismo metodológico, centrado en el individuo como objeto de investigación amputado de sus relaciones sociales y basado en una base de datos estadísticos-paramétricos a través de cuestionarios, se convirtió en la pauta a seguir dentro de la teoría de la acción racional. El estudio de lo social sin penetrar en lo social vendría a ser la nota predominante en las actuales investigaciones orientadas al conocimiento de las lógicas del comportamiento humano, estudios estos que son los que obtienen mayores fondos económicos para ser llevados a cabo. De este modo, detrás de la ciencia siempre acecha la sospecha de una conciencia que la dirige.

Las palabras de Greenwoods, me llevaron inmediatamente al recuerdo de la lectura del breve pero intenso artículo escrito por Clifford Geertz<sup>24</sup> a principios de los

---

<sup>24</sup> Geertz, Clifford (1886). *El reconocimiento de la antropología*. En la revista 'Los Cuadernos de Antropología', nº. 35, pp. 59-63. Traducción de Alberto Cardín. De este artículo resulta interesante subrayar el siguiente párrafo, con un sentido mitad irónico mitad pesadoso: "La preocupación por el aspecto científico tiene que ver principalmente con la cuestión de si investigaciones que tan fuertemente se apoyan en factores personales – un investigador, en un tiempo concreto; un informante, de un lugar concreto – pueden ser suficientemente 'objetivos', 'sistemáticos', 'reproducibles', 'cumulativos', 'predictivos', 'precisos', o 'testables' como para permitir más que una simple recopilación de historias verosímiles. El impresionismo, el intuitivismo, el subjetivismo y el esteticismo, y tal vez por encima de todo, la sustitución de los datos por la retórica y de los argumentos por el estilo, parecen ser los peligros más claros y presentes; la situación más temida, la falta de paradigma, resulta ser una afición permanente. ¿Qué clase de científicos pueden ser

años 80 del siglo pasado, en donde este antropólogo también estadounidense, artífice de la antropología interpretativa y humanística, ya denunciaba como los promotores de antropología científica “controlaban las fuentes de financiación, las organizaciones profesionales, las revistas e institutos de investigación, determinados a hacerse con todo el dinero que por ahí circula, aun cuando el dinero que por ahí circula no llegue a tanto”, tal y como casi una década más tarde confirmaba el propio Greenwoods, según hemos podido contrastar<sup>25</sup>. De este modo, las ciencias sociales paramétricas están eclipsando a las ciencias sociales humanísticas, en una tendencia que se traduce igualmente dentro de nuestra disciplina. Pero esta antropología positiva inscrita dentro de las ciencias del comportamiento, que parte de datos paramétricos para formular leyes explicativas matemáticamente formalizadas con la idea de tratar de describir la ‘verdadera naturaleza humana’, se queda en la epidermis observable, en la cáscara del fruto, en la zona más externa de la conducta. En estos casos, ni siquiera se les pregunta a los individuos, sino que se miden a través de instrumentales adecuados sus *inputs* y *outputs* energéticos/calóricos/protéicos, en función del estudio de los factores nutricionales que determinan la dieta, a su vez entendida como mecanismo regulador de la cultura. Estos estudios de ecología humana, junto a los análisis de la sociobiología o etología humana, o la misma antropología behaviorista, basada en las pautas de estímulos-respuestas, son los paradigmas hoy dominantes en la antropología científica, aquella que tiene un mayor reconocimiento y prestigio en el mundo académico. Cabe decir, a colación, que la bioanalogía ha sido y es una de las construcciones ideológicas más utilizadas por la economía liberal para intentar legitimar un orden social presentado como un ‘estado natural’ que avanza hacia su plena evolución.

Desde este enfoque dominante, el comportamiento individual queda amputado de su contexto social, de sus relaciones con la sociedad, en una metodología centrada en el análisis del individuo aislado de sus ligaduras sociales, desatando al sujeto de estudio de todo su entramado social. Porque en última instancia, en la nueva concepción imperante de las ciencias del comportamiento, el individuo vendría a ser igual al sujeto menos su trama, o al Hombre menos sus circunstancias, como lo expresaría Ortega y Gasset desde sus planteamientos humanistas.

### II.3. ¿Qué hemos hecho de la economía?

*¿Qué hemos hecho de la economía?*, se preguntarían, si pudieran, y a la vista de lo presente, desde el mismísimo Adam Smith, fundador de la disciplina, pasando por el hereje intervencionista de John Mayrad Keynes, hasta llegar a economistas humanis-

---

*aquellos cuya principal técnica consiste en la sociabilidad y cuyo principal instrumento son ellos mismos?. ¿Qué puede esperarse de ellos sino una prosa recargada y hermosas teorías?”.*

<sup>25</sup> El lector debe entender que el autor no está haciendo apología alguna de la escuela simbolista o interpretativa, sino que toma a ésta como exponente de la antropología comprensiva, y su reacción frente al ‘endureci-

tas de la talla de José Luis Sampedro, o neo-institucionalistas de la altura de Paul Krugman<sup>26</sup>. Qué ha sucedido, si no, con aquellas otras propuestas disciplinares nacidas dentro de la economía cuyo reto era llegar a resolver el enigma de la verdadera naturaleza económica de los individuos en sociedad. Las controversias mantenidas sobre dicha cuestión a lo largo del siglo XIX y XX acabarían resolviéndose a favor de la apuesta por un pensamiento único, tratándose de demostrar *científicamente* que todas las diversas formas de pensar lo económico se reducen a una única lógica, la del mercado, más allá de la cual parece no existir naturaleza humana posible.

Pero el proyecto científico de la ciencia no nació de un supuesto tan estrecho sino ligado a un planteamiento humanístico. Ya en el pensamiento original de Adam Smith, la economía era ante todo economía política, de tal modo que en su libro publicado en 1776 con el título de ‘Una investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones’, trataba ante todo de defender la idea de que la riqueza, basada en el valor trabajo, tenía un fin último, que no era otro que la prosperidad general de la nación. Por tanto, lejos de entenderse como un conocimiento autónomo, la economía se insertaba dentro de la estructura política del Estado-Nación, destinada pues para servir a la política.

En el plano personal, y pese a situarse dentro de un orden moral individualista, el talante humanista de Smith, le llevó a preocuparse seriamente por la desgracia material del prójimo, algo difícil de encontrar tanto en sus predecesores (Mandeville), continuadores inmediatos (Towsend, Ricardo, Malthus, Bentham, Burke), como en los economistas posteriores (Hayeck, Becker, Freedman), todos ellos proclives a defender la práctica de la economía como una ‘ciencia dura’, basada en la aplicación de una razón instrumental sin corazón, pues la objetividad científica no conoce de sentimientos humanos, asuntos que atañen más a cuestiones de tipo ética o estética. De este modo, el indigente, el necesitado, el hambriento, el desamparado, el excluido, el exiliado,... son sujetos de estudios *invisibilizados* dentro los análisis de una ciencia económica preocupada por la riqueza (de unos pocos), en forma de capital, y no por la pobreza (de muchos).

De este modo, la ciencia económica abandonaba tempranamente su proyecto fundacional como economía política para abandonarse a formulaciones de tipo econométricas basadas en supuestos teóricos dependientes de la cláusula irreal del ‘*ceteris paribus*’, limitándose a explicar únicamente aquellos comportamientos individua-

---

miento’ teórico-metodológico de la antropología explicativa. Precisar también que en la tradición norteamericana, la relación de fuerzas estuvo a favor de la línea culturalista desde Franz Boas hasta el propio Clifford Geertz (que paradójicamente se inició dentro de la ecología cultural), gozando de un mayor prestigio y recursos desde los años 20 hasta casi los años 70 del siglo XX. A partir de este momento, la corriente de la Ecología Cultural comenzaría a despuntar y a invertir la relación para ocupar una posición central. No obstante, cabe añadir que lo que aquí se discute no es la lucha entre distintas escuelas, sino que ésta sólo es un pretexto para señalar el creciente cientifismo de la antropología social, por lo que se recomienda evitar confundir en el presente artículo entre lo adjetivo y lo sustantivo.

<sup>26</sup> Premio Nóbel de Economía en el año 2008.

les (a través de psicologismo racionalista) o agregados (a través de la ‘*ley de los grandes números*’) propios de la lógica económica de mercado, tales como la formación de los precios, la demanda, la oferta, ... tal y como si no existieran otras realidades económicas más allá de la teoría económica de base capitalista.

Aquella inaugural coexistencia dentro de una economía concebida como un conocimiento híbrido entre las ciencias y las humanidades tuvo poca vigencia. La creciente división de las ciencias sociales llevaron tempranamente a la separación entre la economía, encargada de las actividades de producción, consumo, distribución e intercambio, y la política, que centraba su atención en la cuestión del Estado, sus funciones y formas de organización. Esta escisión llegó a disociar dos realidades que hasta entonces se hallaban íntimamente imbricadas. De este modo, la economía dejó de ser política para convertirse en positiva o científica, en una reconversión que cerraría las antiguas facultades de Política Económica para dar paso a las nuevas facultades de Ciencias Económicas y Empresariales, un cambio que no fue sólo nominativo sino sobre todo de contenidos. Confirmada la nueva situación, la economía se separaba de la política, ahora impartida en las correspondientes facultades de Politología, y la economía de mercado se transmutaba en científica.

La economía liberal convertida ahora en economía positiva se cubría de un frondoso formalismo teórico, cuajado de algoritmos matemáticos, proporcionando todo un complejo arsenal racional desde el cual tratar de demostrar la supremacía moral y científica de una ideología de mercado, cuya respuesta al problema económico humano se resolvía dando curso libre a las fuerzas de la oferta y la demanda. Un mercado autorregulado defendido con trampas, porque se presentaba bajo la ficticia apariencia de ser la única forma posible de pensar y hacer economía. Y es que para justificar las ‘cuentas’ (económicas) se hace necesario recurrir a los ‘cuentos’ (ficciones ideologizadas) No obstante, una vez difuminada la ficción tendríamos a la vista una creencia revestida de ciencia, una convicción sobre el ser humano y la sociedad transformada en doctrina científica, *naturalizando* lo que no sería sino una opción ideológica. En consecuencia, aceptar el funcionamiento del mercado significaba entrar en la ficción de sus lógicas del valor, centradas en los postulados canónicos (y canónicos en cuanto doctrina de fe) de la escasez, la utilidad y el trabajo (todos ellos rebatibles desde la incredulidad más absoluta al dogma de la ortodoxia del mercado), principios éstos que hasta la segunda mitad del siglo XVIII estuvieron ausentes de la mayor parte de los pueblos que pasaron a lo largo de la historia de la humanidad, que ofrecieron respuestas bien distintas al problema económico basadas en la reciprocidad y/o en la redistribución, con sus particulares combinatorias y en sus diversas modalidades culturales e ideológicas.

Las distintas corrientes y contracorrientes económicas más destacables dentro de la economía moderna han sido por este orden, la escuela liberal clásica, fundamentalmente inglesa (con Adam Smith, David Ricardo, Thomas R. Malthus, Jean Baptiste Say, Stuart Mill,...), a la que siguieron sus desviaciones heterodoxas, entre las

cuales se hallaban el socialismo humanista (con Saint Simon, Charles Fourier, Robert Owen,...) y el socialismo científico (con Karl Marx, Friederich Engels,...). Le siguen la escuela historicista alemana (con Roscher, Hildebrand, Schmoller, Max Weber, Werner Sombart,...) que desembocaría en el institucionalismo<sup>27</sup> (con Thorstein Veblen, Wright Mills, Karl Polanyi, John K. Galbraith,...). Le continua la escuela neoclásica con sus variantes matemática o marginalista (con Herman H. Gossen, Leon Walras, Alfred Marshall,...) y la psicológica o escuela de Viena (con Karl Menger, Stanley Jevons, Ludwing von Mises, Walter Eucken, F. August von Hayeck,...). Posteriormente, tendrían lugar la corriente keynesiana (con Arthur C. Pigou, John M. Keynes, Franco Modigliani, Albert Ando,...), la teoría del desarrollo económico (con Lewis, Rostow,...). Por último, llegamos a una contemporaneidad en donde el pensamiento económico dominante desde los años 70 del siglo XX ha estado controlado por la escuela positivista de Chicago (Milton Friedman, Paul Samuelson, Theodore Schultz, Anna Schwartz, Edmund S. Phelps, A.W. Phillips, exponentes. ...), y la teoría de la acción racional (Gary S. Becker, J. Coleman,...).

De todos ellos, quizás, Hayeck<sup>28</sup> (el filósofo), Friedman<sup>29</sup> (el científico) y Becker<sup>30</sup> (el pragmático), la ‘santísima trinidad’ de la doctrina de mercado, hayan sido los tres pilares fundamentales sobre los que se asienta el neoliberalismo contemporáneo, columnas a su vez sostenidas respectivamente sobre los cimientos de tres grandes escuelas derivadas de la economía liberal, como son la Escuela psicológica de Viena, la Teoría de la Acción Racional (RAT) y la Escuela positivista de Chicago. Estos tres grandes sacerdotes de la fe en el mercado, enaltecido como valor sagrado, convirtieron un asunto de creencias en una ciencia, la ‘economía científica de mercado’, introduciendo en las lógicas y prácticas humanas un pensamiento cada vez más colonizado por el utilitarismo, el *economicismo* y el positivismo.

El austriaco Friedrich August von Hayeck, como adalid de la superioridad moral y científica del mercado como expresión de un orden espontáneo (desregulado y no planificado) que fomenta la innovación constante que permite alimentar el avance de la ciencia, la técnica y el dominio de la naturaleza. El mercado sería pues el paradigma del orden espontáneo a través del ajuste mutuo de muchos intereses individuales en coordinación a través del mecanismo de la formación de precios. El individualismo, como teoría de la sociedad, explica la conducta espontánea y autónoma de

<sup>27</sup> Hasta que irrumpió el keynesianismo, como reacción política a la Gran Depresión, sólo el socialismo científico abogaba por una economía regida por el Estado. El institucionalismo historicista, heredero de la escuela histórica alemana, fue partidario de una mayor intervención del Estado, aunque sin caer en el extremo del marxismo. Sus partidarios eran además afectos al método inductivo, siendo contrarios por tanto a las teorías abstractas propias de la economía científica, dado que aquellas no eran debidamente contrastadas con la realidad. Al entenderse, desde esta perspectiva institucional que las lógicas económicas dependen del contexto histórico y geográfico, y partirse de un planteamiento basado en la relatividad cultural sus seguidores se inscriban dentro de la tradición de una ciencia económica humanista.

<sup>28</sup> Premio Nóbel de Economía en el año 1974

<sup>29</sup> premio Nóbel de Economía en 1977

<sup>30</sup> Premio Nóbel de Economía en 1992

millones de seres, sin necesidad de recurrir a un acuerdo general entre todos, dando lugar a una dinámica que conduce a un creciente *racionalismo evolutivo*. Un 'nuevo orden', que no sería sino la vieja 'mano invisible' de Adam Smith, camuflada ahora de una nueva retórica positivista que trata de demostrar que la economía de mercado, basada en la libertad de elección entre una multitud de agentes heterogéneos, acaba desembocando en el mejor de los mundos posibles. Más allá de la imperfecta democracia, presionada por grupos de intereses partidistas, Hayeck trata de encontrar un orden social ideal sin necesidad de la política. La '*demarquía*' ('*mercadocracia*', en versión de quien escribe este artículo) sería el concepto utilizado por Hayeck para describir una realidad basada en la combinación entre la estabilidad y la entropía, la causalidad y la casualidad, un nuevo marco de actuación que de lugar a un horizonte de economía de mercado descentralizada y des-regulada, en donde el individuo se sienta plenamente libre dentro de unas circunstancias continuamente cambiantes. Un mercado cuyo despliegue espontáneo no tiene otro fin definido, ni otra lógica que la de seguir recreando esa espontaneidad. Como cualquier pensador especulativo, las tesis filosóficas de Hayeck son poco verificables empíricamente, mientras que sus planteamientos científicos basados en la defensa del funcionamiento espontáneo del mercado a su libre albedrío, se acaba revelando como un instrumento de legitimidad moral del grupo social que detenta el poder económico. Son los mercados los que reflejan las relaciones de poder, y no al revés. El poder es la causa y el mercado un pretexto para retenerlo.

El norteamericano Milton Friedman<sup>31</sup>, como restaurador de la ficción decimonónica del *Homo Oeconomicus* aplicado dentro de la ciencia económica, se basaría en el supuesto *economicista* de la racionalidad de los actores individuales para analizar sus comportamientos en aspectos tales como la renta, el consumo, el gasto, el ahorro, la inversión, el riesgo económico, ... Sus planteamientos suponen una vuelta al concepto decimonónico del *Homo Oeconomicus*, una imagen ficticia dominante en el siglo XIX que rescata para la disciplina. El Hombre económico, independientemente de que adopte la forma de un consumidor, de un productor o de un inversor, es aquel que sabe lo que quiere, guiando sus decisiones por cálculos racionales acerca de cómo maximizar sus acciones, de tal modo que sus preferencias pueden expresarse matemáticamente mediante una función de utilidad total, media o marginal, siendo esta última el beneficio obtenido en la última porción añadida del producto adquirido o vendido. Se trata, por supuesto, de una ficción idealizada basada en un comportamiento maximizador de la utilidad, un tipo-ideal basado en la toma de decisiones racionales, en definitiva, un modelo abstracto útil para imponer cierto rigor intelectual en la complejidad de la acción económica. Obviamente, el mundo real dista de ser tan racional, pero esta simplificación se suponía un punto de partida especial-

---

<sup>31</sup> Paul Krugman. '¿Quién era Milton Friedman?', publicado en El País.com Negocios, el 19 de octubre de 2008.

mente fructífero para responder a la pregunta de cuál sería la respuesta adecuada de un individuo que basara sus decisiones exclusivamente en cálculos racionales. Partiendo de la idea del comportamiento racional, Friedman sostenía que tras un periodo de inflación, los individuos introducían en sus cálculos personales esta eventualidad para tomar sus decisiones futuras, anulando de este modo cualquier efecto positivo de la inflación sobre el empleo. Así, los trabajadores, a través de los sindicatos exigen acuerdos de subida salarial más elevados, para que los salarios se equiparen con los precios, provocando el efecto negativo de una inflación sostenida. La teoría de las 'expectativas racionales' confirmó a Friedman en la categoría de los grandes economistas, extendiendo el concepto de la racionalidad individual del campo de la micro al de la macroeconomía<sup>32</sup>. La recuperación de las políticas monetaristas también sería una aportación de este economista entendiéndola como una medida automática con el fin de reducir al mínimo cualquier intervención de las autoridades públicas dentro de la economía, una teoría ésta que fue demostrándose fallida y luego paulatinamente abandonada a partir de los años 80. Para Friedman, cualquier campo en donde interviniera la ciencia económica, como pudiera ser el caso de los alquileres, la educación, la atención sanitaria, la contaminación viaria, el tráfico de drogas ilegales,... tenía solución dentro de las lógicas del mercado. Toda su vehemencia le hacía caer con demasiada facilidad en la afirmación de que los mercados siempre funcionan y que son lo único que funciona. El absolutismo liberal de Friedman basado en su fe en las virtudes de los mercados y el desdén por los vicios públicos del Estado se basaba en un planteamiento bastante maniqueo. Sin duda, el friedmanismo fue demasiado lejos, como doctrina, y en sus aplicaciones prácticas, por lo que se hacen necesarias nuevas lógicas para un mundo que reclama a grito pelado otra forma de pensar y hacer economía.

El estadounidense Gary Stanley Becker, como impulsor del comportamiento racional del individuo llevó el análisis de la microeconomía más allá de la economía de mercado, al aplicar la racionalidad económica, basada en el cálculo racional del coste/beneficio, sobre cualquier faceta de la vida cotidiana, como pueda ser el afecto, el matrimonio, la familia, la educación, el trabajo, la inmigración, u otras muchas cuestiones de diversa índole, planteados ahora en términos de inversiones (emocionales), maximizaciones, optimizaciones del comportamiento, eficacia, eficiencia,... Sería pues la racionalidad económica guiada por el egoísmo y el interés individual la lógica que guía la práctica del comportamiento humano en todas las facetas posibles. Con ello se acababa reduciendo la complejidad humana a un único factor: la racionalidad económica. El desarrollo de tales planteamientos puso en marcha todo un programa de investigación dentro de las ciencias sociales de cuño norteamericano, la *Rational Action Theory* (RAT), extendida a la sociología, a la

---

<sup>32</sup> Obviamente, las lógicas se cumplen cuando las reglas del juego son asumidas por los jugadores, y no por que sea una ley natural.

antropología, a la psicología,... basada en la acción económica racional del individuo como lógica explicativa de cualquier acción humana, aplicando el mismo lenguaje económico a cualquier tipo de actuación no-económica. Sus formulaciones teóricas han sido tachadas como exponentes del imperialismo científico de los economistas, acudiendo a la teoría económica para explicar las obviedades más evidentes envueltas en el tecnicismo de unos enunciados disfrazados formalmente de ropajes econométricos. Todas y cada una de sus explicaciones comienzan y acaban en el determinismo económico, como si la complejidad humana se redujera a la lógica de una máquina calculadora.

De aquellos ambiciosos proyectos científicos-humanísticos que se planteaban la búsqueda de los principios básicos de la naturaleza del ser humano, tanto la psicología, como la antropología, como la economía, y el resto de las ciencias sociales, han ido rebajando sus aspiraciones para ajustarse a las demandas del mercado, ofreciendo sus conocimientos para resolver asuntos tan banales como conocer los hábitos del consumidor a fin de incitarle a la compra, utilizando para ello la metodología experimental, la etnográfica, o la econométrica. Ahora, cada vez más establecimientos comerciales emplean técnicas científicas más rigurosas para mejorar sus ingresos netos, y un buen número de psicólogos, antropólogos, o economistas se prestan a aplicar sus conocimientos para plegarse a tales encargos de mercado, como una de las salidas profesional actual más segura y mejor remunerada para el científico social. Ciencias sociales banalizadas para científicos sociales banales que se ocupan de aplicar sus conocimientos doctrinales a las metas marcadas por las demandas del mercado.

### III. Concluyendo

Estas, como cualquier otro tipo de conclusiones siempre serán inconclusas porque la realidad no se detiene una vez queda escrita sino que sigue fluyendo, a veces en direcciones bien distintas a las previstas. No obstante, pueden extraerse algunas tendencias de avance dentro de las ciencias sociales o comportamentales contemporáneas, de las que caben destacarse las que siguen:

- Creciente reforzamiento de las ciencias explicativas dentro de un proyecto de *cientificación* de las ciencias sociales en detrimento de las ciencias comprensivas. Se sustituye así el estudio cualitativo de los sujetos-sujetos (subjetividad), una investigación ésta que implica gasto de tiempo y dinero, por el análisis cuantitativo de los sujetos-objetos (objetividad), a través de rápidos y fiables *test* de respuestas binarias que ya se ofrecen pensadas desde el punto de vista del investigador. De este modo, el sujeto-objeto investigado no tiene más que entrar en el razonamiento propuesto por el cuestador, y no a la inversa, como lo haría un análisis comprensivo, eliminando con ello el mundo subjetivo de los informantes. Un arsenal de encuestas, cuestionarios, cuestaciones, escrutinios, sondeos,

informes demoscópicos... ofrecen los datos que pasan a ser procesados paramétricamente a través de algoritmos estadísticos que dan cuenta de los comportamientos psicológicos, antropológicos, económicos, sociológicos, políticos,... La reducción de la compleja realidad social al mundo de la ciencia social en su versión explicativa implica que ésta pasa a convertirse en la 'realidad real', obviando los imaginarios sociales construidos por los propios agentes sociales. Así, por ejemplo, la ciencia económica no estudia la realidad, sino que adapta la realidad a sus lógicas económicas ignorando que existen otras formas de pensar y hacer economía. Como consecuencia de lo anterior, la economía social está excluida de cualquier pretensión de estatus científico y académico.

- Paradjica eliminación de lo social dentro de las ciencias sociales y creciente peso del individuo, que pasa a convertirse en el verdadero protagonista de los estudios explicativos basados en cuestionarios estadísticos. La paulatina descreditación de lo social como objeto de estudio conduce a la justificación de unas ciencias del comportamiento entendidas ahora como nuevo marco hegemónico para entender la acción, centrada en la figura del individuo. En esta reconversión de las ciencias sociales, lo social pasa a ser considerado como algo completamente inexistente (una entelequia), una entidad metafísica (carece de soporte material), invisible (no se ve), intangible (no se toca),..., en definitiva un apriorismo deductivo ajeno, irreductible e inaprensible a cualquier aproximación empírica. Frases ingeniosas del tipo, '*la sociedad no se pinta las uñas, sino los individuos*', o '*la sociedad no saca al perro de paseo, sino los individuos*', acaban certificando la muerte de lo social (entendida como relación trenzada entre sujetos) dentro de una realidad construida ahora por 'partículas elementales en suspensión mecidas por el viento'. Desde este punto de vista, la economía social carece de validez en sus propios términos, dado que lo económico está hecho por individuos y no por entes sociales abstractos.
- Como resultado de las dos premisas anteriores ('es la economía la que hace la realidad, no la realidad la que hace la economía', y 'es el individuo quien produce la realidad económica, no la sociedad'), cualquier planteamiento basado en la economía social como alternativa viable carece de validez dentro del nuevo imaginario *cientifista*, siendo tachada como un movimiento profundamente ideológico (contra-ideológico, hablando con propiedad), carente de sólidas bases positivistas. Esta falta de reconocimiento académico a cualquier tipo de conocimiento procedente de la economía social es utilizado como pretexto para deslegitimar su paridad con respecto a las ciencias económicas.
- La primacía, dentro del ámbito de la ciencia social en su acepción comportamental de la racionalidad económica (optimización, maximización, eficacia, eficiencia, productividad,...), propia del economocentrismo, frente a la racionalidad social (solidaridad, reciprocidad, redistribución,...), como opción característica de la altereconomía.

- El énfasis en un proyecto científico centrado en el objetivo central del progreso económico oculta otras pautas importantes en las que descansa el bienestar social en su conjunto. La idea bastante extendida de que la globalización económica se basa en la competencia y en la máxima ganancia, legitima a la ciencia positiva como el motor del conocimiento aplicado a la economía como nuevo modelo de sociedad.... Esta incorporación del conocimiento científico basado en las leyes del mercado invalida todas aquellas ciencias sociales o humanidades ajenas a dicho proceso, una invalidación epistemológica de un conocimiento tachado de acientífico.
- Cualquier conocimiento económico derivado de las lógicas y prácticas de los agentes sociales aparece disminuido frente al conocimiento experto del científico social, que impone un conocimiento considerado como superior por su mayor grado de formalismo positivista.
- Imposición de un sistema de baremación científica de la investigación basada en el modelo de las ciencias positivas, una puntuación que tiene efectos sobre la contratación, promoción y reconocimiento de los científicos sociales, en donde la transferencia de los conocimientos generados en la universidad hacia terceros (clientelismo) cada vez cuentan más en las posiciones que ocupan las distintas disciplinas dentro del conjunto académico.
- El objetivo de las ciencias sociales (comportamentales), en general, y el de la economía científica, en particular no se plantea el reto de fomentar la solidaridad ni la reciprocidad, sino el desafío de ser útiles para generar la competitividad y productividad. En este sentido, la finalidad de la mercantilización del conocimiento científico juega un papel cada vez mayor dentro de este campo científico, un proceso derivado de la ‘puesta en valor’ de la ciencia producida debido a la creciente escasez de los fondos públicos aplicados en la universidad y a la búsqueda de externalidades financieras que complementen los presupuestos internos a fin de permitir el mantenimiento de la institución. Esta conversión de la producción científica en mercancía impide que todos aquellos planteamientos humanísticos contrarios a tal orientación se hallen dentro de la corriente dominante, desplazados cada vez más hacia ámbitos marginales del orden académico.

Las tendencias detectadas no implican la ausencia de la alternatividad, ni el fracaso del proyecto humanista basado en la reciprocidad, tal y como lo demuestra hoy en día la fortaleza de la propia economía social, sino la presencia amplificada de la imposición de un modelo único de pensamiento dentro del campo de las ciencias sociales, entre las cuales destaca en un papel protagonista la ciencia económica.

Por último, estoy convencido de que todas las aportaciones vertidas en una obra colectiva como la presente, tanto desde la acción como desde la reflexión, pueden convertirse en un potente argumentario en defensa de las posibilidades de alternati-

vidad que encierra la práctica de la lógica de la economía social. Un buen libro, o una buena revista como ésta, que abran nuevas expectativas dentro de la economía y que ofrezcan inéditos horizontes de transformación social, cuestionando el orden demarcado por los sátrapas del templo científico, puede ser un arma potente para transformar la realidad descolonizando nuestros imaginarios de las convenciones imperantes. Tanto es así, que un texto certero tiene el poder de despertarnos la mente e incitarnos a la acción. Es en el nivel de la acción soportada en el conocimiento, el campo de batalla intelectual en donde se construyen esos imaginarios que dominan el sentido y los significados que atribuimos a la realidad que habitamos. Por ello, cambiar la realidad no es sólo hacer, sino pensar qué, cómo, por qué, cuándo,... saber hacer lo que se debe de hacer. Hasta el punto de que si no manejamos los imaginarios teóricos fundamentales no haremos otra cosa que ir dando palos de cielo por el mundo, dejándonos llevar por los vientos de los pensamientos dominantes y las ráfagas inconstantes de la acción, sin saber desde que dirección estamos siendo empujados o como resistirnos a sus embates.

### **Bibliografía**

- BECKER, G.S. (1983). El capital humano. Alianza Editorial. Madrid.
- CANCLINI, N.G. (1990)2008). Culturas híbridas. Ed. Paidós. Buenos Aires.
- FRIEDMAN, M. y FRIEDMAN, R. (1980). Libertad de elegir. Ed. Gota a Gota. Madrid.
- HAYECK, F.A. von (1960)2000). Los fundamentos de la libertad. Unión Editorial S.A. Madrid.
- MOORE, H.L. (1999)2005). Anthropological Theory Today. Polity Press. Cambridge.
- POLANYI, K. (1944)1991). La Gran Transformación. Crítica del liberalismo económico. Ed. La Piqueta.
- RAINS, G.D. (2003). Principles of human neuropsychology. McGraw-Hill. Boston.
- VÁZQUEZ, C. y HERVÁS, G. (2000). Ed. Desclee de Broker.
- WILLINGEN, J.V. (2002). Applied anthropoloy. An introduction. Bergin & Garvey. London.

